

ficar; pero lo que conviene decir y lo que conviene hacer para reformar los abusos reinantes, es lo único digno de una investigacion laboriosa. Quizá no ha llegado el momento oportuno de decirlo todo; pero si pudiéseis confirmar vuestras resoluciones con alguna empresa útil, todo obtendria despues mejoras sucesivas. Opino, pues, porque tomeis con energia la defensa de los ródios; porque os conduzcais de una manera digna de Atenas. Observo que oís con placer el elogio de vuestros antepasados y que contemplais con gozo sus hazañas y sus trofeos. Pero pensad que han erigido estos trofeos para inspiraros, no una admiracion estéril, sino el deseo de imitar las virtudes de los héroes.

SEGUNDA FILÍPICA Ó PRIMERA OLINTIANA.

Introduccion.

Despues que con un reposo fingido de dos años engañó Filipo á los griegos, volvió á tomar las armas y obtuvo algunas ventajas en las costas de Laconia; tomó la ciudad de Pharos á los tesalios, hizo un desembarco en la Eubea, de cuyo punto fué rechazado por Focion, y para reparar este revés, se dirigió al Helesponto, donde se apoderó de los fuertes de Gera, Stagira, patria de Aristóteles, de Miciberna y de Torone. Para acabar de cubrir sus fronteras, solo le faltaba ocupar á Olinto.

Amenazada de un sitio por Filipo, esta ciudad envió una embajada á pedir socorro á los atenienses. Ocurrió esto el año 348 antes de Jesucristo, ó sea el cuarto de la Olimpiada 107. Es de presumir que en esta importante ocasion se pronunciasen numerosos discursos. Démades rechazó con todas sus fuerzas la peticion de los embajadores de Olinto, y mas de una vez, Demóstenes, aunque no le nombra, se ocupa de refutarle.

Discurso.

Si los dioses os han dispensado mil veces su bondad, ¡oh atenienses! hoy más que nunca os la manifiestan. Que Filipo haya vuelto contra él las armas de un pueblo limítrofe, temible por su poder, y lo que es más importante aun, que está convencido de que en esta guerra, toda reconciliacion con el Monarca sería un perjurio y una ruina para la patria, son cosas que llevan el sello de una divina

disposicion. Desde este instante, ciudadanos de Atenas, guardémonos de mostrarnos menos favorables á nosotros mismos, que el concurso de los acontecimientos. Sería una vergüenza, sería una infamia que despues de que los pueblos nos han visto abandonar ciudades y comarcas sometidas otras veces á nuestro dominio, nos viesen tambien rechazar á los aliados y perder las grandes ocasiones que nos proporciona la fortuna.

Enumerar las fuerzas de Filipo y sacar de aquí motivo para estimularos á cumplir vuestros deberes, es cosa que no puedo aprobar. ¿Sabeis por qué? Porque todo lo que se hable con semejante objeto, es, en mi juicio, un elogio lisonjero de este hombre, y una condenacion severa de vuestra conducta. Cuanto más se ponderen sus hazañas, más digno parecerá de admiracion; y cuanto menor sea el partido que habeis sacado de vuestros asuntos, más os condenais á la vergüenza. Dejemos, pues, atenienses, estas vanas declamaciones. Interroguemos á la verdad, y ella responderá que Filipo debe á Atenas su engrandecimiento, y no á su propio génio. Así, pues, para hablar de sus ventajas, objeto de su gratitud hácia nuestros gobernantes, que más que sus amigos deberian ser los ejecutores de vuestra venganza, no ha llegado el momento oportuno todavía. Pero lo que no tiene relacion con su fortuna, lo que será útil que todos conozcáis, ¡oh mis conciudadanos! lo que ante todo juez imparcial lo cubrirá de oprobio, eso es cabalmente lo que voy á intentar manifestaros.

Tratar á Filipo de perjuro y de hombre de mala fé, sin esponer primero los hechos, es lanzar invectivas al aire. Pero para recorrer todas sus acciones y para confundirle con el unánime testimonio de ellas, pocas palabras se necesitan, y voy á pronunciarlas porque las creo útiles por dos razones: porque es necesario poner de manifiesto toda su perversidad, y porque las personas que se espantan de su poder y que lo creen invencible, sepan que ya ha apu-

rado las fraudulentas maniobras á las cuales debe su grandeza y que su prosperidad toca á su término.

Yo tambien, atenienses, creeria á Filipo destinado para inspirar el terror y la admiracion, si le hubiese visto elevarse por medios legítimos. Pero con la vista fija en sus movimientos, le he visto, desde el instante en que algunos facciosos rechazaron de aquí á los olintios, venidos para tratar con nosotros, engañar nuestra simplicidad con los ofrecimientos de devolvernos á Anfipolis y de cumplir este convenio que fué un secreto para el público; mas tarde le he visto tambien conciliarse la voluntad de Olinto, dándole á Potidea que acababa de usurpar con mengua de nosotros, que éramos sus antiguos compañeros de armas; y últimamente, ha seducido á los tesalios comprometiéndose á devolverles la ciudad de Magnesia, y encargándose de la guerra de Focida. Todo, en fin, el que trataba con este infame, caia en sus lazos. El secreto de su engrandecimiento ha consistido siempre en atraer, con el cebo de falsas promesas, á los pueblos bastante ilusos para no conocerle y aprisionarlos despues en sus redes. Pero, como cada uno de los que han contribuido á elevarle con sus esfuerzos piensa obtener por sus trabajos alguna gran recompensa, convencidos de que solo ha obrado por satisfacer su egoismo, será al fin derribado por sus mismos auxiliares. Esta es, ¡oh atenienses! la situacion de Filipo. Nadie que suba á esta tribuna será capaz de negarlo. Que se os demuestre si no que los pueblos de que Filipo se ha burlado creerán aun en su palabra; que se os pruebe que los tesalios, tan indignamente subyugados, no romperian con gozo sus cadenas.

Quizá alguno de vosotros, viendo á Filipo en esta crisis, piense que mantendrá su dominacion por medio de la violencia, puesto que se ha apresurado á ocupar plazas, puestos y posiciones militares; este es un error. Solamente cuando las armas están unidas por la justicia y por la

utilidad comun, consienten los coaligados en participar de las fatigas, en sufrir y perseverar. Pero cuando hay uno de ellos, como sucede aquí, que por una insaciable ambicion quiere someterlo todo á su poder, al primer revés que sufre, al menor pretesto, todas las cabezas se alzan sacudiéndose, y las cadenas quedan rotas. No, no puede fundarse un poder duradero sobre la iniquidad, el perjurio y la mentira: estos indignos medios se sostendrán, por acaso, una vez, un momento y hasta prometerán el porvenir más floreciente; pero el tiempo los detiene en sus furtivos progresos, y al fin se desploman y aplastan por sí mismos. Como en un edificio ó en un buque las partes inferiores deben ser las más sólidas, así la justicia y la verdad deben ser el fundamento de la política. Pero hasta el presente, esta base ha faltado á todas las empresas de Filipo.

Es necesario, pues, socorrer á Olinto; y por mi parte aprobaré tanto más los medios que se propongan, cuanto sean más rápidos y eficaces. Es necesario, igualmente, enviar una embajada á Tesalia, para que entere á unos de vuestra resolucion y despierte en otros el odio, ahora que han decretado reclamar á Pagases y hacer valer sus derechos sobre Magnesia. Pero pensad, atenienses, en que vuestros diputados lleven algo más que palabras; corred á la guerra con una diligencia digna de Atenas, para que tambien puedan presentarles vuestro ejemplo. Si la palabra sin los hechos parece un vano ruido, nunca lo es tanto como cuando se pronuncia en nombre de nuestra República; y cuanto mayor es la maestría con que la manejamos, tanto más escita la desconfianza general. Mostremos, pues, una variacion completa por nuestro celo en contribuir, en trabajar y en hacerlo todo por la patria, y aun es posible que se nos escuche.

Cumplid solamente los deberes que os imponen el honor y la necesidad, y entonces, ¡oh atenienses! vereis cuán poco aumentan el poder de Filipo sus aliados; más

diré aun, descubriréis su debilidad y los desórdenes interiores de su reino. Sin duda que el imperio Macedonio, puesto en la balanza como por suplemento, gravita sobre ella con algun peso. Así lo vemos en tiempo de Timoteo, cuando se unió á nosotros contra Olinto; así lo vemos más tarde cuando coaligado con Olinto, en contra de Potidea, apareció como una potencia; y así acaba de sostener, contra una familia de tiranos, á la Tesalia agitada por la fiebre de las discordias civiles. Pero la Macedonia por sí misma, es débil y está devorada por males interiores; porque su déspota, á fuerza de guerras y de espediciones que, acaso en el concepto de algunos, lo hacen un grande hombre, ha quebrantado su propio imperio, ya vacilante. ¡Oh! No creais, atenienses, que las mismas pasiones animan á Filipo y á sus súbditos. El solo ambiciona la gloria; á través de mil trabajos y peligros la busca con ardor, prefiriendo á la seguridad de la vida, el orgullo de haber realizado lo que ningun Monarca macedonio se atrevió á intentar jamás. Pero sus vasallos no participan de este furor de reputacion guerrera. Fatigados por las marchas y contramarchas de sus espediciones interminables, arrastran una insoportable cadena de dolores y de miserias, y no pueden ni cultivar sus campos, ni ocuparse de sus intereses domésticos, ni traficar con los despojos arrebatados por tan diversos medios, puesto que la guerra ha cerrado sus mercados marítimos. De este estado al descontento de la mayor parte de los macedonios contra su Rey, no hay más que un solo paso.

En cuanto á esos mercenarios de fama que le rodean, se dice que están sometidos á una disciplina admirable. Sin embargo, un macedonio mismo, incapaz de mentir, me aseguraba que ninguna ventaja tienen éstos sobre los demas. «¿Hay alguno entre ellos que se distingue en una campaña ó en un combate? Pues el envidioso Filipo se deshace de él para que todo se crea obra suya; porque la más

ardiente envidia corona los vicios de este hombre.» El mismo sugeto añadía, que cuando hay alguno que es amante de la temperancia y la justicia, é incapaz de soportar sus desórdenes cotidianos, su embriaguez y sus infames diversiones, tiene que sufrir su desden y que lo escluya de todo empleo. Así marcha rodeado de una escolta de bandidos, de aduladores y de miserables, bastante depravados para entregarse en sus orgías á escenas que yo me sonrojaria de nombrar ante vosotros. Testimonio de esta incontestable verdad, atenienses, son esos infames espulsados por vosotros, en acuerdo unánime, por haber favorecido la desvergüenza impúdica de los juglares; un Calais, un esclavo público y sus dignos compañeros; esos bufones, esos forjadores de unos chistes abominables que lanzan contra los familiares del Príncipe para divertirle; ¡tales son sus gustos predilectos; tal es la córte que asíduamente le rodea!

Pero preguntareis, ¿qué nos importan á nosotros esas repugnantes torpezas? Atenienses, esas torpezas son, para las personas previsoras, un claro testimonio del pensamiento de este hombre y del génio que le estravía. Sus prosperidades las ocultan hoy bajo su sombra, porque la victoria es apropósito para borrar y encubrir tales infamias; pero al menor revés, todas sus manchas se pondrán de manifiesto. Dentro de algun tiempo, ¡oh mis conciudadanos! él ofrecerá al mundo esta leccion, si tal es la voluntad de los dióses y la vuestra. Del mismo modo que en el cuerpo humano el origen de los sufrimientos pasados parece extinguirse tanto más, cuanto más se goza de la salud; pero que, sin embargo de esto, cuando sobreviene una enfermedad se reproducen los achaques de todo género, de igual modo, mientras la guerra se mantiene en el exterior, los males que se ocultan en el seno de una República ó de una Monarquía, se escapan á la vista del vulgo; pero tan luego como se enciende en

las fronteras, todo queda completamente descubierto.

Si alguno de vosotros, ¡oh atenienses! testigo de la buena suerte de Filipo, juzgase sus armas temibles, sin duda que discurriria con acierto, puesto que la fortuna es de un gran peso, ó mejor dicho, puesto que lo es todo en las cosas humanas. Si me fuese dado escoger entre la fortuna de Filipo y la de Atenas, escogeria la de nuestra patria, con tal que cumpliérais algo los deberes que os impone; porque teneis más títulos que él á la proteccion de los inmortales. Pero, si no me engaño, estamos dormidos. ¡Y qué! El indolente que no puede ordenar á sus amigos que le ayuden, ¿exigirá esto de los dióses? Ciertamente no me estraña que Filipo, general y soldado, esponiendo su persona, animándolo todo con su presencia, no perdiendo una ocasion ni un instante, triunfe de hombres que no salen de dilaciones, de decretos y conjeturas. Grande, por el contrario, seria mi sorpresa, si nosotros, que no ejecutamos nada de lo que pide la guerra, venciésemos al que lo pone todo en movimiento. Pero lo que me confunde es que vosotros, atenienses, que en tiempos pasados os levantásteis contra Lacedemonia para defender el derecho de los helenos; vosotros, que tantas veces dueños de aumentar vuestra dominacion y vuestros tesoros, no habeis querido hacerlo, y que para asegurar á las demas ciudades el goce de sus bienes legítimos prodigais los vuestros y correis los primeros á los peligros, hoy que se trata de vuestras propias posesiones, vacilais en contribuir y temblais de abandonar vuestros hogares. Salvadores de la Grecia entera, libertadores de cada uno de sus pueblos en particular, perdeis vuestros dominios y no despertais de vuestro letargo. Esto es lo que me asombra.

Me admiro tambien, ¡oh atenienses! de que ninguno de vosotros quiera examinar en qué habeis empleado el tiempo desde que estais en guerra con Filipo. Yo os lo diré: lo habeis perdido por completo en buscar eflugios y

pretestos dilatorios; en esperar que otros hagan lo que á vosotros corresponde; en denunciaros mutuamente; en condenaros; en resucitar vuestras desavenencias; en hacer, poco más ó menos, lo que haceis hoy mismo. ¡Oh colmo de locura! Pues qué, con esta conducta que ha arruinado á Atenas floreciente, ¿os prometeis levantar á Atenas abatida? Esto no lo aprueban ni la razon ni la naturaleza; pues la naturaleza ha queaido que sea mucho más fácil conservar todos sus bienes que adquirirlos. Pero lo cierto es que la guerra no nos ha dejado nada que conservar, y que todo hay que reconquistarlo. Esta es ahora vuestra tarea.

Hé aquí, pues, lo que os digo: ¡reunid vuestras fuerzas, partid en seguida, apresuráos! Que toda acusacion se suspenda hasta que os hayais elevado de nuevo por la victoria. Entonces, juzgando á cada uno segun sus obras, recompensad á los ciudadanos dignos de elogio y castigad á los prevaricadores; pero quitadles tambien todo subterfugio, todo pretesto fundado en vosotros. Seria inútil examinar inexorablemente la conducta de otro, cuando nosotros mismos hemos sido los primeros en faltar á nuestros deberes. Y despues de todo, ¿qué motivo, atenienses, induce á vuestros generales á abandonar vuestra guerra y á buscar combates por su propia cuenta. Si conviene tambien en este asunto manifestar la verdad, yo diré que esto consiste en que, peleando por vosotros, el premio de la victoria es para vosotros solos. ¿Qué hariais si se reconquistase á Amfipolis? Al instante dispondriais de esta ciudad, y los peligros serian únicamente la recompensa de los capitanes. Pero procediendo como yo aconsejo, con menos peligros, jefes y soldados tendrian por botin á Lampsaco y Sigeeo y los buques que apresasen. De otro modo, cada uno se encamina hácia donde su interés le llama. Sin embargo de esto, cuando vuestras miradas se fijan en el deplorable estado de vuestros asuntos públicos,

acusais y perseguis á los generales; ellos os esponen libremente su fatal situacion y los declarais exonerados. Despues de esto, solo se os vé desaveniros y conspirar por que prevalezca esta ó la otra opinion, y entre tanto, ¡la patria está plagada de males!

Otras veces, atenienses, contribuiais por clases, y hoy es por clases como gobernais. Cada partido tiene por jefe á un orador, á las órdenes del cual hay un general con los trescientos y sus vociferaciones, y á los restantes se os distribuye bajo estas dos banderas. ¡Salgamos, salgamos pronto de esta anarquía! Volved en vosotros, y que todos participeis de la palabra, el consejo y la accion. Si dejais que unos os gobiernen como déspotas; si otros son obligados á armar buques y á prodigar su fortuna y su sangre; y si otros, en fin, tienen el privilegio de lanzar decretos sobre los contribuyentes sin participar de sus sacrificios, nunca los recursos necesarios se obtendrán con bastante prontitud. La parte oprimida se arruinará inútilmente, y entonces, ¿sobre quién descargarán los golpes que debiais asestar á vuestros enemigos? ¡Sobre vuestros mismos conciudadanos!

Resumiré, pidiendo que todos contribuyamos á los gastos públicos, en justa proporcion de nuestras facultades; que todos tomemos las armas por turno hasta que no quede ninguno que no haya peleado por la patria; que todo ciudadano que se presente en la tribuna obtenga la palabra; que entre las diversas opiniones emitidas, se adopten las más acertadas, sin tener en cuenta las personas que las hayan presentado. Si obrais de este modo, aplaudireis en el momento al orador, y sobre todo, os aplaudireis vosotros mismos más tarde, por los beneficios proporcionados á la patria.